ALMAZÁN

Se sitúa Almazán a 35 km al sur de la capital provincial, en un recodo del Duero. Su nombre árabe —"el fortificado"— es significativo del origen del actual poblamiento, aunque éste, a tenor de los vestigios encontrados en los parajes del "Guijar" y el "Soto Ocáliz", se atestigua desde la primera Edad del Bronce. Si la dominación romana dejó los restos de una posible villa en el "Arroyo del Tejar", datada en los siglos IV-V d. de C., no ocurre lo mismo durante el período visigodo, por lo que hemos de suponer la despoblación del lugar o al menos su escasa relevancia.

Así las cosas, todo apunta a que la definitiva ocupación del núcleo de Almazán se produjo durante la última fase de la dominación islámica del alto Duero. El carácter defensivo que la propia toponimia revela, sugiere retrasar esta fundación a la segunda mitad de la tortuosa décima centuria, época en la que la presión militar de los condes castellanos obligó al poder musulmán a fortalecer su "Marca Media", con la plaza de Medinaceli –reforzada en 946– como base. El acceso al califato de Alhakem II supondrá un estancamiento e incluso un retroceso del avance cristiano, que llega a perder sus avanzadas en San Esteban de Gormaz y Osma. La construcción de la impresionante fortaleza de Gormaz (963) y el azote que supuso el genio militar de Almanzor, significaron casi un siglo de retraso en los planes de reconquista. La plaza fortificada de Almazán no cayó en manos cristianas hasta finales del siglo XI, bajo el empuje del conde Gonzalo Núñez de Lara y tras la toma, por Fernando I, de Gormaz, Aguilera y Berlanga. En 1098, Alfonso VI donaba al monasterio de San Millán de la Cogolla, la iglesia que, junto a una bereditate erema de su villa recientemente poblada (mea populatura que vocatur Almazan), había sido construida en honor de San Félix y Santa María (edificata ecclesia in honore Sancti Felicis et Sancte Marie, et fuit vocatus locus ille sub uno nomine Sancta Maria de duas Ramas).

Sin embargo, este dominio fue efímero, pues Almazán volvió a caer bajo el yugo musulmán durante la campaña que puso cerco a Berlanga en 1113. Cuando retorne al control cristiano,



El Duero, San Miguel y el Rollo de las Monjas

quizá en 1115, lo hará bajo la tutela del rey de Aragón y Navarra, Alfonso I el Batallador, quien, ante lo exiguo de la población –agrupada en el entorno del castillo, en el cerro llamado "El Cinto"—, decidió en 1128 promover una repoblación de la villa, a la vez que bautizarla con un nuevo nombre que no tuvo ningún éxito (illo tempore quando prefatus rex populabat illam populationem d'Almazan quam cognominabat Placentiam), integrándola en lo religioso dentro del obispado de Tarazona. Desde agosto hasta diciembre del citado año se debía encontrar el monarca en Almazán —pues firma en ella varios documentos de donación—, dentro de su campaña de consolidación de esta área frente al leonés Alfonso VII, en la que, además de fortificar Almazán, atacó —sin éxito— la cercana villa de Morón. En el testamento de Alfonso I, redactado durante el asedio de Bayona en octubre de 1131, legó al monasterio de San Salvador de Oviedo Sanctum Stephanum de Gormaz et Almazanum cum omnibus suis pertinenciis, concesión que renovó en la confirmación del mismo de 1134. Evidentemente, como la mayoría de las peregrinas mandas testamentarias del aragonés, tal donación quedó a la postre sin efecto.

Tras la muerte del belicoso aragonés, recuperó Alfonso VII en 1140 el dominio de la villa, que para entonces había caído dentro del territorio diocesano de Sigüenza. Consta este hecho en el diploma de donación en prestimonio del obispo al capellán del Emperador –transcrito por Minguella– en el que se trata, además de ciertas aceñas y un puente, de un Almazán viejo, al referirse a ipsam casam que est in illa aldeia super Almazan vetus.

Es así este período inmediato a la nueva repoblación de 1128 el del definitivo despegue de la villa, cabeza de una Comunidad de Villa y Tierra formada por 61 aldeas divididas en dos sexmos, el de Cobertelada y el de la Sierra. En lo urbano la villa se articulaba en torno a diez parroquias y colaciones. A finales del siglo XII se dotó al núcleo central de una potente muralla que protegía a siete de las colaciones, quedando las otras tres como arrabales. Estos barrios, dispuestos en torno a otras tantas parroquias, eran: intramuros los de San Miguel, San Vicente, Nuestra Señora del Campanario, Santa María de Calatañazor, San Esteban, Santo Domingo, San Andrés; y extramuros: San Pedro, Santiago y El Salvador. Junto a las parroquias, cuatro de las cuales han conservado su pasado románico (la de San Pedro sólo reutiliza sillares labrados a hacha en su moderna fábrica), al menos desde el año 1200 y probablemente desde 1178 se certifica la presencia en Almazán de los hospitalarios, con un priorato dedicado a San Juan. También en la primera mitad del siglo XIII, hacia 1230, fundaron los premonstratenses un monasterio dedicado a Nuestra Señora de Allende el Duero, más tarde unido como priorato al vallisoletano de Retuerta.

Texto y foto: JMRM

Bibliografía

AYALA MARTÍNEZ, C. de (comp.), 1995, docs. 78, 224; BACKMUND, N., 1956, pp. 243-244; BACKMUND, N., 1983, p. 76; Blasco Jiménez, M., 1909 (1995), pp. 41-48; Cantera Burgos, F., 1977, pp. 454-455; Castellanos Gómez, J., 1999, pp. 107-108; COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, p. 65; GARCÍA LUJÁN, J. A., 1981, doc. 40; GAMBRA, A., 1998, doc. 144, GARCÍA DE CORTÁZAR Y RUIZ DE AGUIRRE, J. Á., 1969 (1997), pp. 187, 304, GARCÍA Valenciano, J. J., 1986, pp. 11-22; Gaya Nuño, B., 1952, p. 252; Gaya Nuño, J. A., 1961b, p. 152; Gaya Nuño, J. A. v MARCO, C. de, 1994, pp. 117-128; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1960, II, docs. 23, 115, 136, 376; III, doc. 876; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1974, pp. 279, 286, 288; HUERTO, J. del y FRÍAS, T., 1991; LEDESMA RUBIO, M.ª L., 1989, docs. 269; Lema Pueyo, J. Á., 1990, docs. 197, 198, 199, 200, 241-242; Loperráez Corvalán, J., 1788 (1978), t. III, pp. 14-15; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 45-62; MÁRQUEZ MUÑOZ, J. Á., 1987, pp. 21-67; MÁRQUEZ MUÑOZ, J. Á., 1992, pp. 1115-1129; Martínez Díez, G., 1983, pp. 199-209; Minguella y Arnedo, T., 1910, t. I, pp. 358, 369, 404-405, 407, 409-414, 421-422, 507-508; t. II, pp. 342-344, 369-370, 407, 410-412, 421-422, 507-508 y t. III, p. 610; Moreno y Moreno, M., 1957, pp. 41-44; Ortego y Frías, T., 1973; Pérez González, M., 1997, pp. 68, 69, 78; Pérez Monzón, O., 1988, pp. 215-227; Rabal, N., 1889 (1994), pp. 384-393; Revilla Andía, M.ª L., 1985; RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., 2001a, p. 41; SÁNCHEZ BELDA, L., 1950, pp. 15-19; SERRANO, L., 1930, p. 291; SERRA-NO, L., 1935-1936, t. III, pp. 172-175; TARACENA AGUIRRE, B. y TUDELA DE LA ORDEN, J., 1928 (1997), pp. 205-209; Tudela, J., 1923; Zalama Rodríguez, M. Á., 1995, pp. 94-96; Zamora Lucas, F., 1961, pp. 95-100.

Murallas

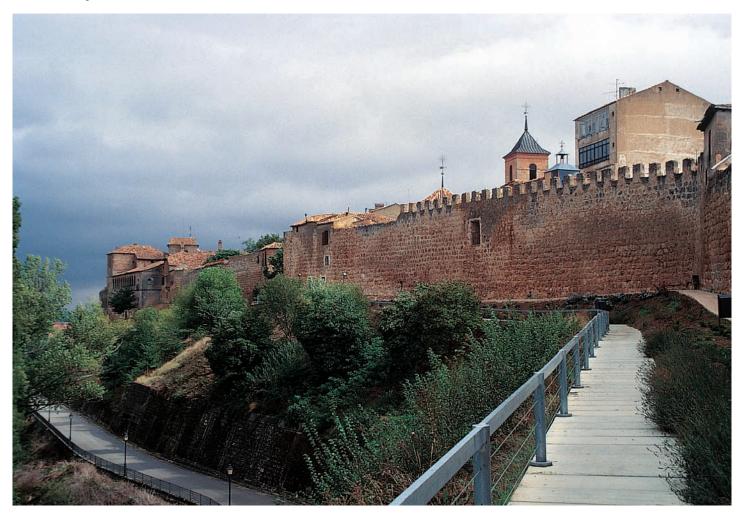
A IMPORTANCIA ESTRATÉGICA que alcanzó la villa dentro de la Frontera Media musulmana dio lugar a la construcción de unas murallas tan magníficas que sirvieron para nombrar al lugar, pues Almazán significa "el fortificado". Sin embargo nada queda de aquellos muros, al menos nada significativo, pues la población sería totalmente renovada tras la conquista definitiva de Alfonso I en 1128, momento en el que este monarca levantará muro magno et alto. Desde entonces pasa a convertirse también en un punto estratégico dentro del camino que recorre de este a oeste los reinos peninsulares, siguiendo el curso del Duero –vadeado mediante un puente construido entre 1128 y 1140–, en las tierras limítrofes con Aragón.

Aunque el recinto ha catalizado la atención de varios autores, ha sido el historiador local José Ángel Márquez quien más profundamente ha analizado el origen y desarrollo de las murallas, fechando la construcción de lo que

hoy podemos ver en los momentos finales del siglo XII. En cierto modo este encintado surgía ya con ciertas estrecheces pues deja extramuros un arrabal frente al puente, con tres de las diez colaciones de que se componía la villa, aunque ciertos indicios indican la posibilidad de que en algún momento posterior hubiera algún tipo de cerramiento de este sector urbano, quizá con una simple unión de las casas formando apretadas manzanas, como apunta Márquez Muñoz y como parece sugerir el rudimentario plano de la villa dibujado en 1753.

En la parte más elevada de la población se ubicó el castillo, del que no existen muchas noticias históricas y ninguna que nos haga suponer su estructura. Abandonado en el siglo XV por los Hurtado de Mendoza, señores de la villa, para construir su palacio junto a la iglesia de San Miguel, y desprovista la villa de la importancia militar de siglos anteriores, comenzó su ruina, que se consumó

Lienzo de muralla frente al Duero

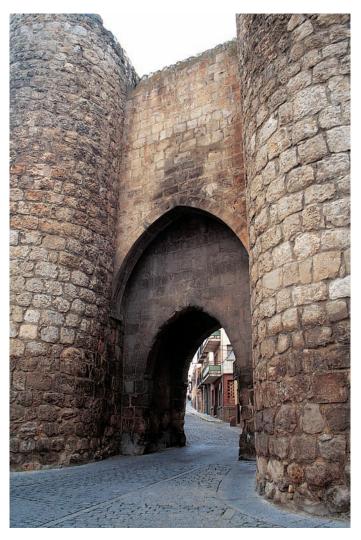




Restos en el entorno de la Puerta del Mercado

Puerta del Mercado





Puerta de Herreros

en las centurias siguientes hasta su completa desaparición a comienzos del siglo XIX, en el contexto de la Guerra de la Independencia.

Mejor suerte han tenido las murallas, aunque lo que queda debe ser sólo una sombra de lo que se intuye: un poderoso recinto en el que se abrían cuatro puertas y tres postigos. Su traza es irregular, de tendencia poligonal, construida a base de sillarejo y mampostería, con muros de 2,5 m de espesor, sin torres en ninguno de los tramos y precedida por una barrera de la que quedan restos en el sector occidental. Del conjunto quedan tres puertas, la más occidental, llamada del Mercado, flanqueada por dos torres cuadradas, con un acceso conformado por un cuerpo, también cuadrangular, cubierto por dos bóvedas de cañón

apuntado, flanqueadas por arcos del mismo tipo y con otro arco doble en el centro, entre el que se deslizaba el rastrillo. La Puerta de Herreros, situada hacia el sureste, se ubica entre dos torreones semicirculares, con el acceso igualmente cubierto por bóveda de cañón entre dos arcos apuntados, un esquema que se repite en la Puerta de la Villa, coronada ahora por la torre del reloj construida a comienzos del siglo XIX. Los dos postigos que sobreviven, el de San Miguel y el de Santa María, son prácticamente iguales, simples aperturas en el muro conformadas interior y exteriormente por arcos de medio punto, con bóvedas de cañón en el interior. Se han perdido la Puerta de Berlanga y el Portillo de San Vicente, ambos derribados a fines del siglo XIX, manteniéndose buena parte del trazado, aunque con muy desigual estado, con tramos como el del entorno de la Puerta de Herreros que conservan prácticamente toda su altura.

El recinto, como es lógico, ha sido restaurado en numerosas ocasiones a lo largo de los siglos, destacando el lienzo que se halla en el entorno del llamado Rollo de las Monjas, cuya construcción hay que suponer seguramente ya de finales de la Edad Media. A pesar de la falta de utilidad militar específica de todo el recinto a partir del siglo XVI, el conjunto amurallado se conservó relativamente completo hasta el siglo XIX. Todavía a comienzos del siglo XVI algunas disposiciones del concejo adnamantino castigan con multas a quienes extraigan arena de la "dicha çerca ni en toda la barbacana por cuanto los muros e çerca de la dicha villa reçebian mucho daño". Aún durante la Guerra de la Independencia, en 1810, sus muros sirvieron de refugio al cura Merino acompañado por 1.600 hombres, según recoge M. Blasco, siendo incendiada posteriormente la población por el general francés Duvernet, hecho que con toda seguridad fue el comienzo de la ruina del conjunto amurallado.

Texto v fotos: ING

Bibliografía

Blasco Jiménez, M., 1909 (1995), p. 45; Cobos Guerra, F. y Castro Fernández, J. J. de, 1998, pp. 64-65; Caya Nuño, J. A., 1946, pp. 183-184; Huerto, J. del y Frías, T., 1991, pp. 33-36; Madoz, P., 1845-1850 (1993), p. 47; Márquez Muñoz, J. Á., 1989; Márquez Muñoz, J. Á., 1992, pp. 1118-1122; Mélida, J. R., 1932; Ortego y Frías, T., 1973, pp. 51-55; Taracena Aguirre, B. y Tudela de la Orden, J., 1928 (1997), pp. 213-214; Zalama Rodríguez, M. Á., 1995, p. 95.

Iglesia de San Miguel

A IGLESIA DE SAN MIGUEL Arcángel se sitúa en el extremo septentrional de Almazán, junto a la muralla y al borde del cortado que domina el Duero. Tras haber sido liberada de los múltiples añadidos posmedievales que la envolvían, hoy preside la Plaza Mayor de la localidad, entre el Ayuntamiento y la magnífica fachada renacentista del palacio de los Hurtado de Mendoza.

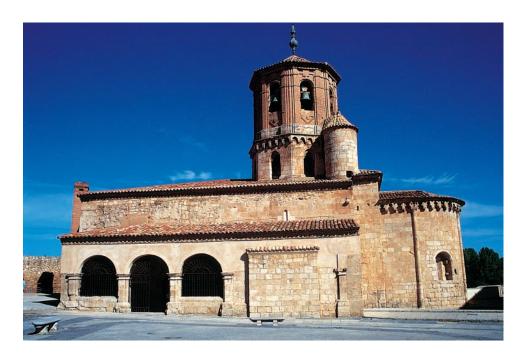
Es la de San Miguel una iglesia de planta basilical, construida en sillería arenisca y compuesta de tres naves —notablemente más ancha la central— separadas por irregulares pilares cruciformes con semicolumnas en los frentes, rematada la mayor por cabecera de amplio presbiterio y ábside semicircular, y testeros planos al exterior las colaterales. El notorio esviaje y la irregularidad general del templo se debe —como ya señalase Gaya, y dejando a un lado peregrinas interpretaciones simbólicas— a la necesaria adaptación al tajo que forma el Duero por el costado septentrional, denunciando una falta de previsión topográfica en el trazado del perímetro.

La cabecera de la nave se compone de tramo recto presbiterial liso y ábside semicircular, levantado éste sobre un semienterrado zócalo moldurado. Se compartimenta el tambor del hemiciclo en tres paños mediante cuatro finas semicolumnas adosadas, abriéndose en cada lienzo una ventana en torno a un estrecho vano fuertemente abocinado, que constan de arco doblado de medio punto sobre columnas. De la prácticamente rehecha ventana meridional sólo resta el rudo y erosionado capitel derecho, figurado

con un personajillo, acuclillado y desnudo, en actitud procaz. Muy restaurada aparece también la ventana septentrional, cuyo arco se decoraba con hojitas entre vástago ondulante, ornándose el capitel conservado con dos representaciones maléficas atormentando a una figura central. La ventana abierta en el eje es la mejor conservada; decora las roscas de sus arcos con retícula romboidal y entrelazo y las semicolumnas, sobre altos podios y plintos, muestran basas de perfil ático de grueso toro inferior con bolas. El capitel derecho se orna con un mascarón humano de barba de puntas rizadas, y el izquierdo con labor de cestería y una cabecita monstruosa en el ángulo.

Viene a paliar la pobreza decorativa de lo hasta aquí descrito la interesante cornisa, que remata el hemiciclo, moldurada con haz de tres boceles sobre una serie de arquillos-nicho trilobulados que reposan en canes de rollos, nacela y doble bocel. Este tipo de cornisas son especialmente numerosas en el románico tardío gallego y zamorano. Los capiteles de las semicolumnas del ábside no interrumpen la complicada estructura, sino que actúan como soporte del mismo, bajo especie de troneras cruciformes caladas. Su decoración es vegetal, a base de hojas carnosas de puntas vueltas, rizadas o rematadas en volutas, tallos y piñas y palmetas.

Interiormente, la cabecera muestra el tramo recto presbiterial abovedado con cañón apuntado, que parte de una imposta moldurada con tres filas de billetes entre junquillos. En el lado del evangelio se abrió en el siglo XVI un





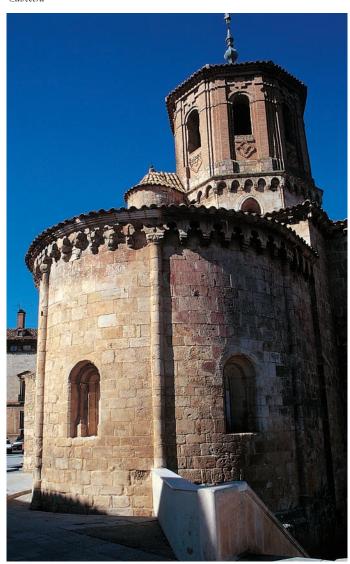
San Miguel desde el norte

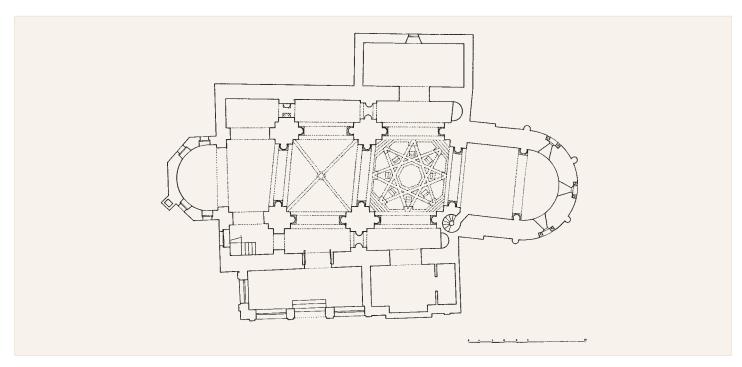
lucillo de arco rebajado, mientras que en el muro de la epístola se abría una hoy cegada puerta de arco de medio punto, así como el acceso a la escalera de caracol inscrita en el pilar del triunfal que da servicio al cimborrio, ambas románicas. Comunica la cabecera con la nave un arco triunfal apuntado y doblado que recae en semicolumnas adosadas. La de la epístola se corona con un capitel figurado con cinco felinos enredados en tallos que ellos mismos vomitan, bajo cimacio de palmetas inscritas en tallos. El capitel del lado del evangelio recibe dos parejas de leones afrontados compartiendo cabeza en los ángulos de la cesta, sobre un fondo de grandes hojas nervadas rematadas en caulículos. El cimacio se orna con florones inscritos en clípeos.

El hemiciclo, por su parte, se cubre con bóveda de horno generada por un arco apuntado sobre semicolumnas, que parte de imposta con tres filas de billetes. Sus capiteles se ornan, el del lado del evangelio con una figura humana acuclillada flanqueada por dos leones, probable representación de Daniel en el foso, sobre un fondo de hojas lisas con bolas; el del lado de la epístola es vegetal, de hojas ramificadas acogiendo piñas. Al interior, las ventanas absidales repiten el esquema exterior, decorándose sus capiteles con motivos de cestería, hojas lanceoladas de acusados nervios y cuadrúpedos afrontados.

El cuerpo del templo ha sufrido numerosas y notables alteraciones, sorprendiendo lo angosto de sus colaterales, rematadas por testeros planos al exterior. Interiormente, sin embargo, se disponen absidiolos semicirculares excavados en el grosor del muro, al modo de las soluciones vistas en la capital (San Juan de Rabanera), en la ermita de los Mártires de Garray o en la misma iglesia de San Vicente de Almazán, por ejemplo. Aquí, estas capillas-nicho se cierran con bóveda de cascarón generada por arcos netamente

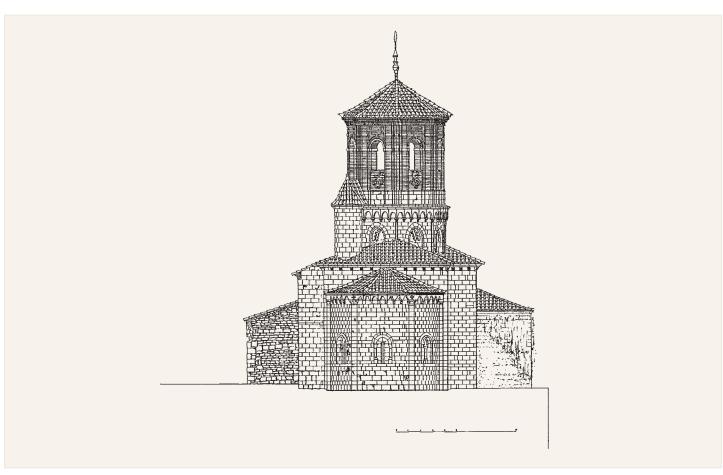


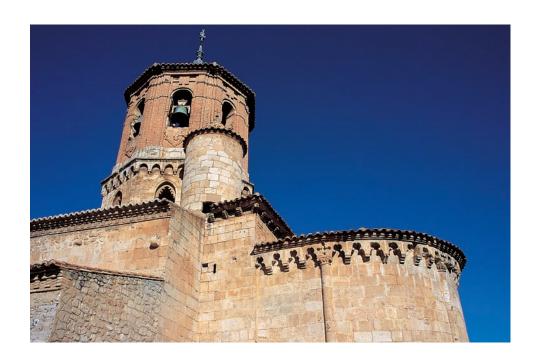




Planta

Alzado este





Detalle de la cabecera y cimborrio

apuntados y doblados que reposan en ménsulas. La del lado del evangelio, mejor conservada que la sur, muestra un óculo hoy cegado en su hemiciclo que al exterior aparece recercado por una banda de ajedrezado, además de mantener la mesa de altar y el frontal de piedra románicos.

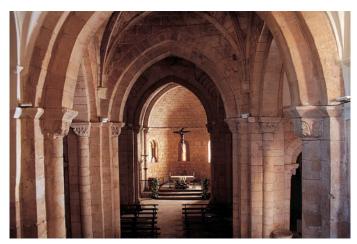
Cúbrense las colaterales, a menor altura que la nave, con bóvedas de cañón apuntado de eje normal al del templo –peculiaridad que llamó la atención de Leopoldo Torres Balbás, quien junto al ejemplo soriano completaba la exigua nómina con el palentino de Santa María de Mave (Palencia), Santa María de Villanueva (Asturias) y Santa María de Oya (Pontevedra)— generadas por formeros apuntados y doblados. Pese a su menor altura, la iluminación de la nave es indirecta, a través de vanos rasgados de medio punto, fuertemente abocinados al interior, abiertos

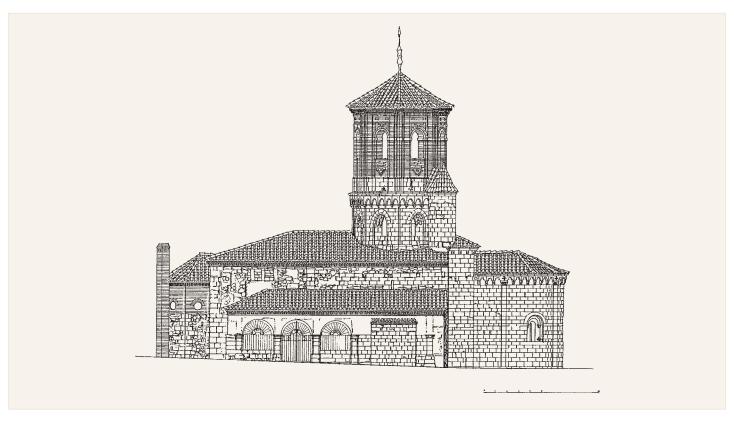
en los muros laterales del templo, resultando así lóbrego el espacio. Sin duda el elemento más característico del templo lo constituye la solución de cubierta adoptada en el tramo de la nave central que antecede al presbiterio. Este tramo se destaca en altura con un inacabado cimborrio de planta octogonal, con sus aristas matadas por semicolumnillas. En cada paño se abren grandes arcos apuntados, interiormente doblados por otros lobulados. Su cuerpo bajo, así como el arranque del superior, se levantaron en sillería, habiendo sido rematado en ladrillo. Entre ambos corre una cornisa de arcuaciones apuntadas sobre capitelillos pinjantes de *crochets*. Al interior, se cubre el tramo con una peculiar bóveda de nervios entrecruzados dejando libre el centro, sobre recargadas trompas molduradas por una sucesión de cinco arcos apuntados abocelados. Los paños de

Cornisa del ábside



Interior, donde se observa el esviaje





Alzado sur

Sección transversal





Sección longitudinal

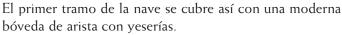
la bóveda, determinados por la traza de estrella de ocho puntas que dibujan los arcos, aparecen perforados por ocho óculos, cuatro de ellos diminutos, mientras que en el espacio central libre se abre una linterna octogonal sobre trompillones a modo de canes. Los ocho nervios sobre los que apea la plementería reposan en capiteles pinjantes profusamente decorados, cuyos prominentes cimacios continúan la decoración de bifolias acogolladas que recorre la imposta. Comenzando por el capitel-ménsula oriental que se corresponde con el eje longitudinal de la nave, y en el sentido de las agujas del reloj, nos encontramos en primer lugar con un curioso combate de caballeros cabalgado sendas arpías masculinas, ambas enjaezadas. El caballero de la izquierda blande una espada con su diestra, mientras ase por las barbas a su montura; el derecho, por su parte se defiende tras un escudo de cometa, porta la espada aún colgando del cinturón y parece tirar del freno de la arpía que monta, con rostro de efebo y acaracolados cabellos. El capitel siguiente se decora con una pareja de híbridos de cuerpo de ave, largos cuellos inclinados de marcada espina dorsal y cabezas de felino, sobre fondo vegetal de recortados acantos con piñas en las puntas; siguen dos capiteles vegetales de similar diseño, uno con dos coronas de hojas nervadas de carnosas puntas vueltas y el otro con dos hileras de acantos de marcadas escotaduras y puntas replegadas. Siguen dos capiteles vegetales idénticos, ambos con amplias hojas de acanto de nervios trepanados y volutas en los ángulos, entre los cuales se intercala otro figurativo, en este caso mostrando una pareja de felinos, especie de hienas de pelaje dividido en mechones sobre su lomo, que devoran un cordero, todo sobre fondo de acantos del tipo ya visto. El último capitel se orna con una pareja de aves de largos cuellos, especie de pelícanos.

Tanto la calidad de estos relieves, como su temática y composición, evidencian la progenie burgalesa de su estilo —calificarla de silense nos parece reduccionista—, probablemente tamizada por el taller activo en la sala capitular de la catedral de El Burgo de Osma durante el último tercio del siglo XII. Nada tiene que ver esta experta mano con las responsables del resto de la decoración arquitectónica de San Miguel de Almazán, aunque sí parece la misma que labró el bello frontal de altar al que nos referiremos al final de este estudio.

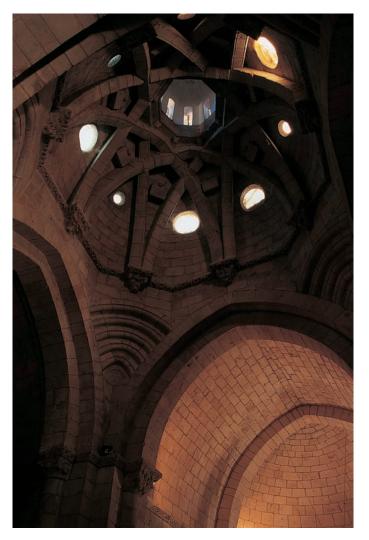
Volviendo a la descripción de las naves, el segundo tramo de la principal se cubre hoy día con una bóveda gótica de crucería (principios del siglo XV, según Martínez Frías), que apoya en ménsulas con escudos lisos. El tramo occidental de la caja de muros, aproximadamente a la altura del primer pilar, fue totalmente transformado en el siglo XVIII, levantándose esta parte en mampostería y ladrillo.



Naves



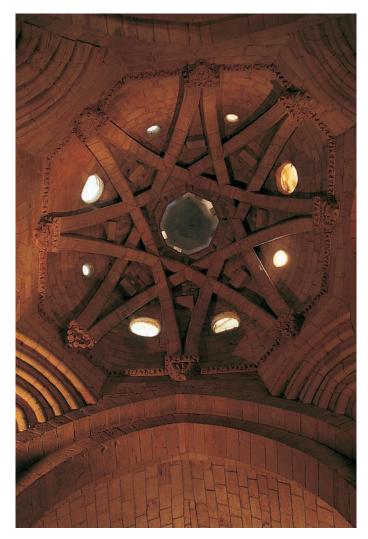
Formeros y fajones de las colaterales, ambos apuntados y doblados, recaen en las semicolumnas dispuestas en los pilares que dividen las naves, éstos de sección cruciforme, aunque manifestando una irregularidad acorde con la falta de ortogonalidad del trazado del edificio. Los capiteles que coronan dichas semicolumnas son fundamentalmente vegetales, decorados con hojas lanceoladas de acusado nervio central y profundas nerviaciones, de puntas vueltas acogiendo caulículos, bolas o piñas; los hay de helechos, hojas lisas, lobuladas, secas variaciones del acanto, hojas de agua decoradas con decoración tipo ataurique, cadenetas de entrelazos, etc. Entre los figurados, sólo en uno aparece la figura humana, con dos pequeños personajes vestidos con túnica corta que asen por el cuello, con ambas manos, a dos parejas de pavos reales; las otras dos cestas con figuras recurren a la simetría, afrontando dos parejas de cápridos rampantes



Detalle de las cubiertas

bajo serpientes uno, y cuatro felinos rampantes entre hojas de palma el otro. El estilo de estos relieves es mucho más seco que el de los capiteles del cimborrio, obra de un taller indígena, técnicamente peor dotado. Pese a que buen número de basas son fruto de las restauraciones, se conservan algunas originales, de tipo neumático, con dos pequeños toros superiores separados por un canalillo y grueso toro inferior con bolas (ornados con semibezantes y uno con una serpiente) y sobre plinto, en algunos casos ornado con motivos geométricos.

Durante los trabajos de acondicionamiento de la capilla-nicho del lado del evangelio, realizados en febrero de 1936, y bajo una mesa de altar también de cronología románica, fue descubierto –según refiere Gaya Nuño– el magnífico frontal de altar. Labrado en un bloque de arenisca de $0.8 \times 1.20 \times 0.29$ m, los maltrechos relieves que decoran su frente manifiestan un refinado estilo acorde con el de los capiteles-ménsula de la bóveda del transepto.



Cúpula del cimborrio

Capitel del cimborrio



En la parte central se representa la escena del martirio de Santo Tomás Beckett, arzobispo de Canterbury, por sicarios del rey de Inglaterra Enrique II, en 1170. Avanzan hacia el santo cuatro descabezados guerreros, ataviados con cotas de malla y blandiendo espadas en sus diestras; dos de ellos se protegen con escudos de cometa y mientras el del extremo hunde su arma en el cuerpo de un acólito, ataviado con ropas talares y portador de un gran báculo, el otro decapita a Santo Tomás, quien recibe el martirio arrodillado ante el altar y mostrando las palmas de sus manos, mientras un ángel recoge su alma en un paño. La parte izquierda del frontal nos muestra una escena de resurrección en la que un ángel levanta la tapa de un sepulcro del que surge un personaje, que recibe el incienso de dos ángeles turiferarios que emergen en un violento escorzo de las nubes. El deterioro de esta parte del relieve no permite aproximarlo más al suceso representado en las pinturas murales góticas, también en penoso estado, que decoran la capilla meridional de San Nicolás de Soria, en las que asistimos también a una escena de resurrección, posiblemente la del joven que da testimonio de la santidad de Tomás de Canterbury, según el relato de Santiago de la Vorágine. Lo cierto es que este asesinato conmovió a los reinos cristianos, máxime por la rápida canonización del santo tras su muerte, en 1173, y parecería lógico pensar que la devoción a su culto en tierras castellanas (iglesia dedicada al santo en Salamanca, capilla en la catedral de Toledo) se relacione con un deseo de expiación por parte de la Corte, siendo Leonor, la esposa de Alfonso VIII, hija del inglés Enrique II y Leonor de Aquitania.

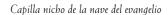
Pese al deterioro, afloran detalles estilísticos que ponen de manifiesto el origen burgalés del maestro. Así, el tenante de la mesa de altar ante la que es asesinado el santo inglés, representada en visión lateral, consiste en un fuste

Capitel-ménsula del cimborrio





Capitel del arco triunfal







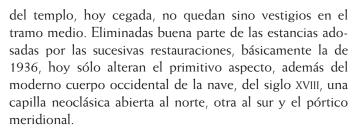
Capitel del ábside

cuádruple y torso coronado por un capitel vegetal fuertemente inspirado en los nos 49 y 59 del claustro de Santo Domingo de Silos (según la numeración de Pérez de Urbel). El diseño de esta cesta vegetal, con hojas en forma de pelta de puntas vueltas con cogollos o piñas, lo rastreamos en la sala capitular del monasterio de La Vid, también significativamente ligado a un fuste de cuatro haces torsos y en la propia sala capitular de El Burgo de Osma. La cabeza seccionada de Santo Tomás, la única conservada de las figuras del frontal, nos muestra pese a su deterioro la composición de rostro que caracteriza el románico de la capital soriana (Santo Domingo, frontal de San Nicolás, baldaquinos de San Juan de Duero) y talleres relacionados, como el burgalés de Moradillo de Sedano. Vemos así la barba geométricamente dispuesta en mechones abultados, la boca de comisuras caídas o las grandes orejas tras las que se recoge la cabellera. El tratamiento plástico de la túnica del ángel que abre el sepulcro, en la parte izquierda del frontal, recuerda al de las figuras del capitel de la infancia de la catedral de El Burgo de Osma y la arquivolta de Santo Domingo de Soria. Hay en ellas una cierta pesadez y el abultamiento de los tejidos en las articulaciones y caderas, con incisiones en forma de cuña circundándolas. También la mutilada figura del ángel que sostiene en un paño la cabecita que simboliza el alma de Tomás Beckett encuentra referentes en el tímpano de Santo Domingo, del mismo modo que la pareja de ángeles turiferarios surgiendo de las nubes en la parte izquierda del frontal nos remite al relieve de la Anunciación del claustro de Silos, la portada occidental de San Vicente de Ávila, etc.

La portada meridional es fruto de las intervenciones posmedievales, que hicieron desaparecer igualmente la occidental, si es que la hubo. De la primitiva portada norte



Capitel de la nave



En resumen, nos encontramos ante uno de los edificios más notables y enigmáticos del románico soriano, donde arquitectónicamente confluyen elementos propios del léxico maduro de tierras occidentales -galaicas y leonesas-, presentes en la tipología de la cornisa del ábside, con otros exóticos como la bóveda de nervios, de probable raigambre cordobesa aunque utilizada en la arquitectura del románico pleno del suroeste de Francia y área navarra (L'Hôpital-Saint-Blaise, Sainte-Croix d'Oloron-Sainte-Marie, Santo Sepulcro de Torres del Río). En lo decorativo se evidencian dos facturas bien delimitadas, fruto de dos equipos que quizá trabajen al mismo tiempo: un taller local, compuesto al menos por dos artistas -uno de muy limitados recursos y otro de seco estilo aunque mejor dotado (arco triunfal) – actúa en la cabecera y capiteles de las naves, y el otro deja su huella en los capiteles del cimborrio y en el frontal de altar. Este último es deudor de la mejor corriente escultórica de raíces burgalesas, que penetra en la provincia remontando el Duero y dejará sus más notables frutos en la sala capitular de la catedral de El Burgo de Osma. Muestra de su oficio la dejan en los capiteles-



Frontal de altar

ménsula del cimborrio y en el frontal de altar, rondando la cronología de estas obras las dos últimas décadas del siglo XII.

Texto: JMRM - Planos: CER - Fotos: JNG

Bibliografía

AA.VV., 2001b, pp. 78-79; ALCOLEA, S., 1964, pp. 104-107; BANGO TORVISO, I. G., 1994, p. 177; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 266-267; Bastos, V. y Lafora, C. R., 1990, pp. 22-23; Cabré Aguiló, J., 1916, pp. 15-20, láms. VI-X; CHUECA GOITIA, F., 1961 (2001), p. 472; ENRÍ-QUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, pp. 86-89; GAYA NUÑO, J. A., 1946, pp. 186-195; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 313, 315; HERBOSA, V., 1999, pp. 71-72; HERRERO GÓMEZ, J. y MÁRQUEZ Muñoz, J. A., 1994, pp. 15-16; Huerto, J. del v Frías, T., 1991, pp. 18-21; IZQUIERDO BERTIZ, J. M.a, 1985, p. 273; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1901a, pp. 31-35; LAMPÉREZ Y ROMEA, V., 1908-1909 (1999), II, pp. 282-284; LOJENDIO, L. M.ª de y RODRÍGUEZ, A., 1981, p. 368; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 46-47; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.a, 1980, pp. 65-66; MINGUELLA Y ARNEDO, T., 1910-1913, t. II, pp. 342-343; MOMPLET Míguez, A. E., 1992a, p. 297; Momplet Míguez, A. E., 1992b, pp. 96-97; Momplet Míguez, A. E., 1995, p. 87; Ortego y Frías, T., 1973, pp. 58-67; PALOL, P. de y HIRMER, M., 1967, p. 101; RABAL, N., 1889 (1994), pp. 384-393; RIDRUEJO GIL, M.ª A. y RIDRUEJO GIL, M.ª P., 1945, pp. 100-103; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 779-780; RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, J. M., 2001a, p. 41; SÁINZ MAGAÑA, E., 1984a, pp. 500-522; Taracena Aguirre, B. y Tudela de la Orden, J., 1928 (1997), pp. 209-211; TORRES BALBÁS, L., 1931, pp. 14-16; YARZA LUA-CES, J., 1988, p. 154; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, pp. 96-97.

Iglesia de San Vicente

SITUADA AL INICIO DE LA calle de las Monjas, la antigua iglesia parroquial de San Vicente es hoy de propiedad municipal, y tras múltiples vicisitudes que hicieron peligrar su existencia, se destina desde 1990 a Aula de Cultura. Felizmente, no se cumplió el vaticinio realizado por Gaya Nuño, quien en 1946 afirmaba que "como está convertida en granero no subsistirá mucho tiempo".

La obra románica, levantada en sillería, tenía en origen planta basilical, transformada en cruz latina por el añadido de sendas capillas en los siglos XVI y XVIII. Pese a las reformas y añadidos que han desfigurado básicamente el cuerpo de la iglesia, consérvase del edificio original la cabecera, las capillas-nicho que remataban las colaterales y dos portadas. Su planta sigue el esquema visto en la de San Miguel, con dos estrechísimas colaterales flanqueando la nave central, exteriormente rematadas con testeros planos y acogiendo al interior sendas absidiolas de planta semicircular, excavadas en el espesor del muro. La cabecera de la nave central se compone de tramo recto presbiterial y ábside en semicírculo levemente prolongado. El presbiterio y las capillas-nicho sufrieron profundas alteraciones con el añadido, al sur del tramo recto, de una capilla cuadrada tardogótica, con contrafuertes de ángulo, levantada en mampostería y cubierta con bóveda de terceletes. Para darle servicio se abrió en el muro meridional del presbiterio un formero de medio punto y, probablemente ya en el siglo XVIII, se comunicó este espacio con la absidiola de la epístola mediante un arco rebajado, hoy cegado con ladrillo.

A principios del siglo XVIII se añadió frente a ésta otra capilla, de planta cuadrada y cubierta con cúpula, que también afectó a la absidiola del evangelio.

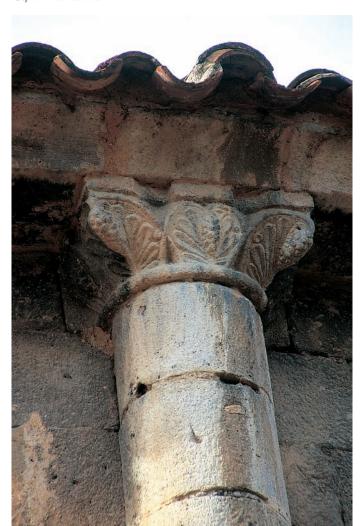
Al presbiterio, cubierto con bóveda de cañón agudo, da paso desde la nave un arco triunfal netamente apuntado y doblado, que apea en dos parejas de dobles semicolumnas adosadas, sobre basas áticas con lengüetas y plintos. Están coronadas por sendos capiteles vegetales muy rasurados al haber sido recubiertos por yeserías neoclásicas, adivinándose sólo su decoración de dos pisos de hojas nervadas o lobuladas. También el arco que genera la bóveda de horno que cubre el hemiciclo es apuntado y doblado, sobre similares dobles semicolumnas con capiteles vegetales muy deteriorados. Dos impostas recorren el interior del ábside, ambas con perfil de listel y nacela: una bajo la bóveda y otra -con dientes de sierra en el filete- bajo la arquería que anima el piso medio del paramento, decoración muraria que volveremos a encontrar en el ábside de Caltojar. Se compone ésta de siete arcos abocelados de medio punto sobre columnillas adosadas, de cimacio achaflanado con dientes de sierra y capiteles vegetales de crochets, hojas lisas lanceoladas bajo una banda sogueada, hojas de roble, lobuladas entre bastoncillos y otras nervadas, todos de somera talla. Las basas de esta arquería presentan perfil ático degenerado, con garras y sobre plinto, y en el eje y dos laterales se abren las tres saeteras de notable abocinamiento que daban luz a la capilla, la meridional rehecha.



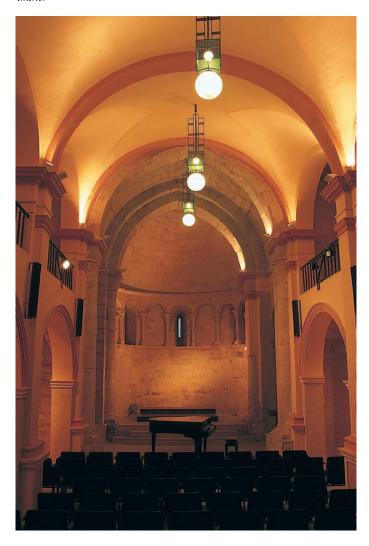


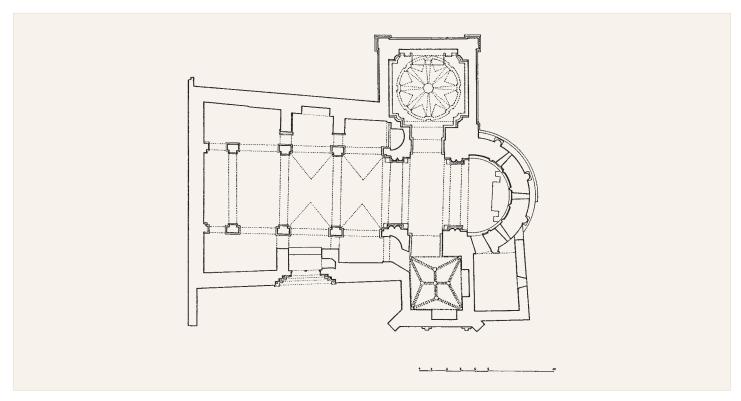
Cabecera

Capitel de la cabecera



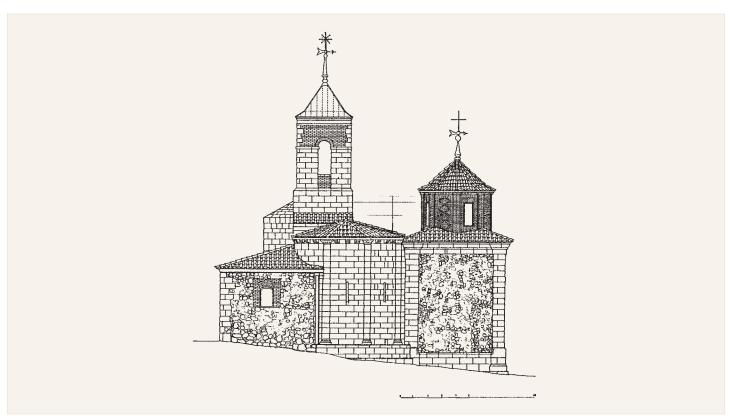
Interior





Planta

Alzado este





Arquería del interior del ábside

Capitel de la arquería absidal



La capilla, al exterior, aparece encajonada entre construcciones posmedievales, aunque es posible observar el volumen del tambor absidal, que se alza sobre un basamento que salva el desnivel del terreno. El paramento se articula en tres paños mediante cuatro semicolumnas adosadas, cuyos capiteles alcanzan la cornisa; sus basas son áticas, de fino toro superior y el inferior con garras y sobre plinto. Sus capiteles son vegetales, de similar factura a los de la arquería interior, a base de hojas lobuladas de acusado nervio central, con piñas o bolas en sus puntas. La cornisa, achaflanada, reposa en canecillos de cuatro rollos.

Las absidiolas de las colaterales muestran planta semicircular, con bóveda de horno generada por arcos doblados y apuntados sobre ménsulas de rollos, y cimacio con somera decoración de cadeneta que se continúa en la imposta sobre la que parte el cascarón. Responden al esquema ya visto en las iglesias de San Miguel de Almazán o San Juan de Rabanera, en Soria, aunque aquí los avatares

Absidiola del evangelio

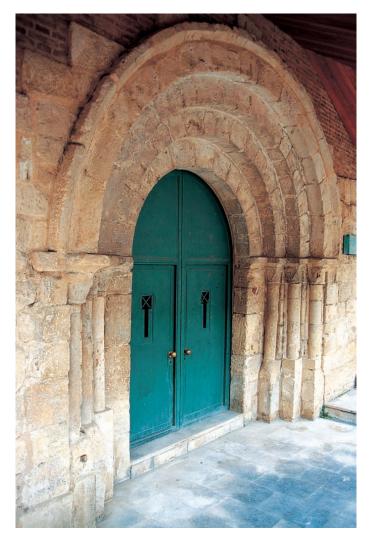




Alzado sur

Sección transversal





Portada

de la fábrica han supuesto la supresión de los altares que las ocupaban. El absidiolo norte muestra reparaciones en ladrillo, fruto de la reforma por la construcción de la capilla neoclásica adyacente, y conserva vestigios —muy deteriorados— de pinturas góticas. Debía presidir el cascarón una figura del Salvador, nimbado y con la bola en su diestra y bajo él lo que parece una representación del Seno de Abraham o bien un pesaje de las almas, pues se observa una serie de cabecitas recogidas en un lienzo. En el muro sólo se distingue a un personaje tocado con tiara y ataviado con ropas talares. Sobre esta capillita, en el testero de la colateral, se dispone un breve nicho adintelado con una basa en su zona media. Por encima del muy reformado

absidiolo meridional, en la misma zona, se abre un vano adintelado sobre ménsulas de nacela, dando acceso a la escalera de caracol que conduce a la torre que se alza sobre el presbiterio.

La portada meridional se compone de arco de medio punto y tres arquivoltas lisas, protegidas por tornapolvos achaflanado. Apean en jambas escalonadas en las que se acodillan tres pares de columnas, cuyos toscos capiteles, deteriorados como el conjunto del acceso, presentan pronunciado astrágalo y cortas cestas de sumaria decoración vegetal a base de hojitas lanceoladas incisas. Los coronan impostas con perfil de nacela y se alzan sobre rehechas basas sobre plintos. En las dovelas, labradas a hacha, se disponen curiosas marcas de cantero representando martillos.

Frente a esta portada se abría otra en el muro septentrional, hoy cegada. Se compone de arco de medio punto sobre jambas coronadas por impostas de listel y bocel, apareciendo en uno de los salmeres una marca de destajista figurando un pico o maza, del tipo visto en la portada sur.

Las obras posmedievales, básicamente la reforma casi integral de fines del siglo XVIII (1780-1793), alteraron notablemente la estructura de las naves, hoy divididas en cuatro tramos y separadas por pilares prismáticos, con cubiertas de madera las colaterales y bóveda de lunetos la central, la mayoría rehechas durante la última restauración.

Los vestigios románicos conservados han sido recurrentemente calificados como los más antiguos de Almazán, obra de mediados del siglo XII, aunque el aniconismo decorativo y el tipo de rudas cestas vegetales parecen sugerir fechas avanzadas de la segunda mitad del siglo.

Góticas son las pinturas murales que, dispuestas en tres registros, decoran el muro inmediato al absidiolo de la colateral norte, con temas aparentemente hagiográficos relativos a la vida de un santo obispo o abad.

Texto: JMRM - Planos: CER - Fotos: JNG

Bibliografía

Cabré Aguiló, J., 1916, p. 107, lám. LXXXVII; Enríquez de Salamanca, C., 1986, pp. 89-90; Gaya Nuño, J. A., 1946, pp. 184-185; Herrero Gómez, J. y Márquez Muñoz, J. A., 1994, pp. 17-18; Huerto, J. del y Frías, T., 1991, pp. 37-38, 46-47; Madoz, P., 1845-1850 (1993), p. 47; Márquez Muñoz, J. Á., 1990; Minguella y Arnedo, T., 1910-1913, t. II, p. 343; Ortego y Frías, T., 1973, p. 55; Sáinz Magaña, E., 1984a, pp. 527-529; Zalama Rodríguez, M. Á., 1995, pp. 97-98.

Iglesia de Nuestra Señora del Campanario

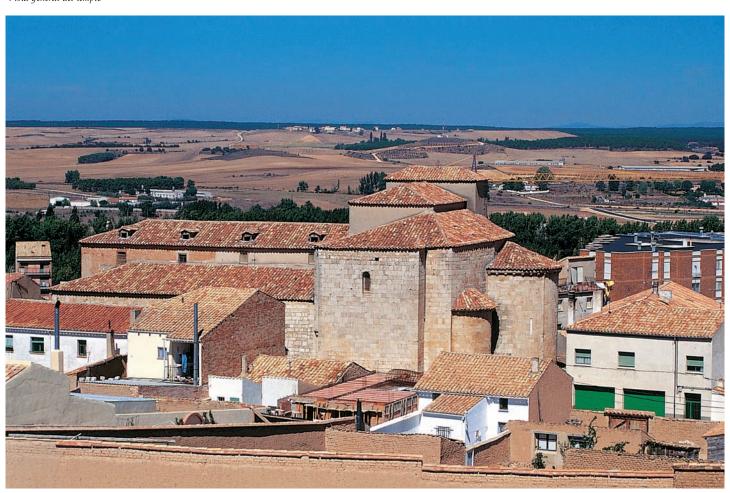
E EMPLAZA ESTA PARROQUIA en la parte alta de Almazán, entre la calle y la plaza de su mismo nombre y junto a la Puerta del Mercado de la muralla.

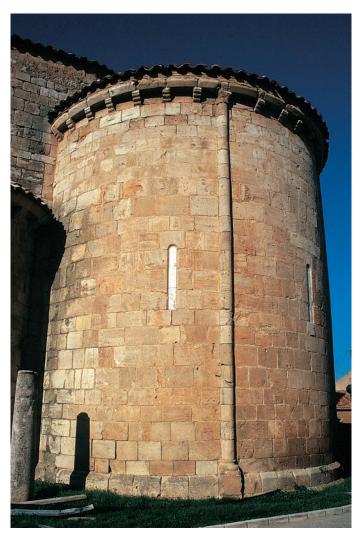
Se trata del edificio románico más ambicioso de la villa, al menos en cuanto a concepción arquitectónica y dimensiones, aunque sólo se conserva de esta época la cabecera y el transepto. Fue concebido como un templo de planta de cruz latina, con tres naves, transepto apenas destacado en planta y cabecera triple de ábsides semicirculares —mayor y avanzado el central— sobre zócalos escalonados, precedidos por tramos rectos presbiteriales. Exteriormente destaca en esta cabecera la pureza y rotundidad de los volúmenes, que aparecen desnudos de todo ornato en los absidiolos y subrayados por las dos finas semicolumnas que delimitan tres paños en la capilla mayor. Los simplísimos capiteles de estas columnas, de dos hojas planas apenas sugeridas, se integran en la línea de canes que soportan la achaflanada cornisa, todos de tres rollos. Las

basas de estas columnas presentan perfil ático degenerado, de fino toro superior sogueado, escocia recta y grueso toro inferior con garras y sobre plinto. Las capillas laterales, de tambor desnudo, presentan mayor variedad en la decoración de sus canes, dentro de la austeridad general, combinándose los de bisel ornados con cuatro círculos con los de tres rollos, escalonados, de barrilillo, de tres hojitas, una piña, *crochet*, una bola, un sotuer, etc. En el paramento, de buena sillería, son abundantes las marcas de cantero y los grafitos. Daban luz a los ábsides tres saeteras en el mayor y una en el eje de los laterales.

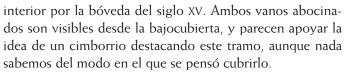
Los hastiales del transepto, como posiblemente todo él, fueron recrecidos en época gótica. Sobre el hastial del brazo septentrional se levantó una notable espadaña (elemento que posiblemente dio el sobrenombre al edificio) de tres huecos de medio punto. El crucero aparecía originalmente destacado en altura, como prueban las dos ventanas de sus muros norte y sur, hoy cegadas y ocultas desde el

Vista general del templo

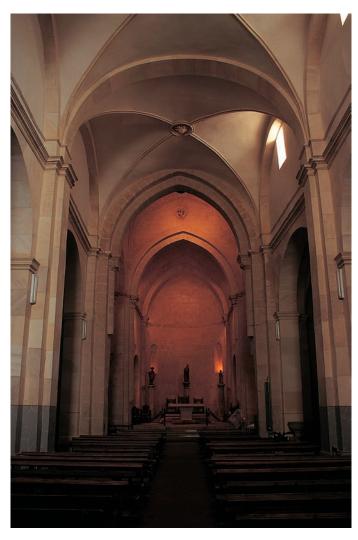




Exterior de la capilla mayor



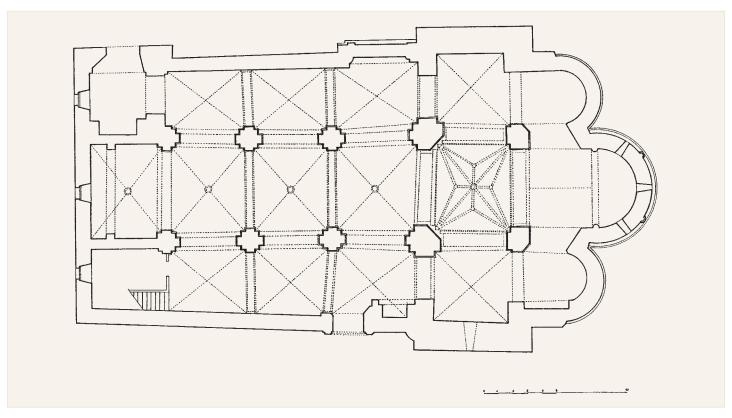
Los hemiciclos laterales aparecen atrofiados, y como el central cubiertos por bóvedas de horno generadas por arcos apuntados sobre semicolumnas adosadas, rasuradas en su parte baja, en el central, y arcos doblados con un bocel sobre parejas de ménsulas decoradas con motivos de cestería, personajillos y hojas y dos pisos de hojitas lobuladas. Los presbiterios se cubren con bóvedas de cañón apuntado, dándoles paso desde la nave arcos torales apuntados y doblados sobre semicolumnas. Los brazos del transepto reciben bóvedas de cañón agudo, mientras que el crucero, delimitado por formeros apuntados románicos, se cubre hoy con una bóveda gótica de terceletes, probablemente sustituyendo —como sugiere Martínez Frías— a una estructura de madera a cuatro aguas, pues no



Interior

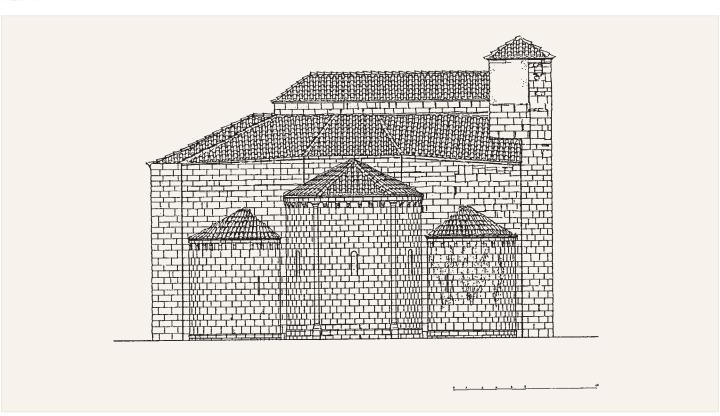
se observan en los muros vestigios que sugieran un cerramiento abovedado. En el ángulo occidental del brazo sur del transepto se dispuso una escalera de caracol inscrita en un husillo sobresaliente del muro, que da servicio a las bajocubiertas y permite el acceso a las dos cámaras abovedadas dispuestas sobre los presbiterios de las absidiolas. En realidad sólo pudimos verificar la existencia de la cámara septentrional, y ello sin sernos posible acceder a su interior dada la preocupante acumulación de guano—que oculta totalmente el acceso a la otra cámara—, aunque la presencia de pequeñas saeteras que le dan luz parece confirmar la existencia de otra sobre el presbiterio de la capilla meridional.

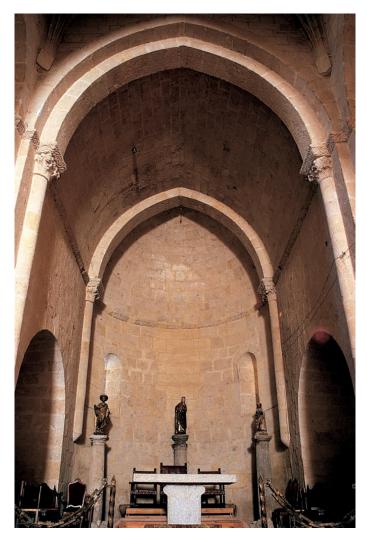
En el interior del templo observamos una pareja austeridad decorativa a la vista en el exterior, discreción no reñida con la notable calidad de alguna de las cestas. Las impostas de la cabecera y los capiteles de los formeros, fajones y arcos triunfales son vegetales, siguiendo la tendencia



Planta

Alzado este





Interior del ábside central

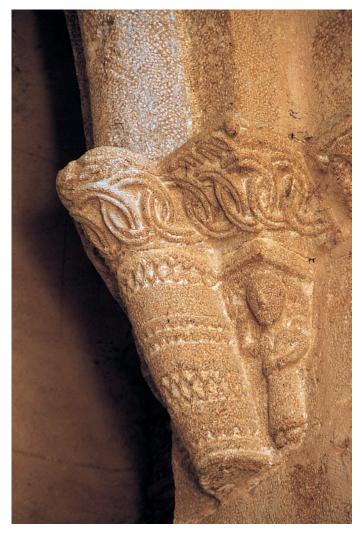
Capitel del ábside central



anicónica que caracteriza a los talleres adnamantinos, salvo la notable excepción de San Miguel. Impostas y cimacios reciben decoración de tallos ondulantes acogiendo hojas acogolladas, friso de palmetas, florones en clípeos o geométrica de círculos secantes. Las semicolumnas del triunfal de la capilla mayor, las del arco que genera la bóveda de cuarto de esfera del hemiciclo y las correspondientes a los formeros del crucero, reciben capiteles de acantos de fuertes escotaduras y acanaladuras que acogen piñas, cogollos, lengüetas o cabecitas monstruosas en sus puntas. Su antiquizante carácter, común a la raigambre borgoñona que caracteriza la mejor escultura castellana de fines del siglo XII, parece ser fruto de la intervención de al menos un escultor impregnado de dicha corriente, que deja muestras de su hacer en la parte más noble y visible del templo. La factura de estas cestas, pese al deterioro provocado por el abujardado, pone en relación a este maestro con el que trabaja en los capitelesménsula del cimborrio de San Miguel. Al igual que ocurre en el citado templo, en Nuestra Señora del Campanario acompaña a este notable escultor otro, u otros, artífices menos dotados, de cuyos cinceles salieron el resto de los capiteles de los absidiolos y pilares. Se decoran éstos con hojas lobuladas de puntas vueltas, dos parejas de leones rampantes afrontados y un árbol central -similar a otra cesta de San Miguel-, las ménsulas del absidiolo meridional con trama romboidal, un rudo personaje tocando el olifante y otro alzando un brazo, y los capiteles de los pilares con hojas lanceoladas con bolas o piñas, otras de marcado nervio central, hojas de roble, cóncavas rizadas, de plátano, etc., algunas de muy similar factura a ciertos capiteles de San Miguel de la misma villa. Estos detalles, junto a los constructivos, nos hacen datar el templo en las últimas décadas del siglo XII.

Capitel de la capilla meridional





Ménsula del ábside de la epístola

Epitafio



Quizá en el mismo siglo XV que se alzó la bóveda del crucero, o en momento poco posterior, se horadaron los muros que separaban los presbiterios mediante arcos en esviaje, permitiendo así la comunicación entre las capillas, al estilo de la reforma aplicada en la iglesia de Santa María del Azogue de Benavente.

La obra románica se detuvo bruscamente en los pilares que delimitan el crucero, de sección cruciforme con semicolumnas en los frentes, sobre basamento circular. El neto corte de hiladas y cambio de fábrica a la altura de los brazos del transepto nos hace pensar en una paralización de la fábrica, que sería continuada hacia el 1500 y remozada en los siglos XVII y XVIII. En este momento se realizaron o readaptaron las tres naves actuales del templo, cubiertas con bóvedas de arista con yeserías y se abrió el clasicista acceso meridional. No conservamos la portada románica, aunque en el hastial occidental hay empotradas dos enjutas de arco con labra a hacha, así como tambores de fustes cilíndricos, junto a otros vestigios góticos. De finales del siglo XV datan los vestigios de la capilla que, junto al brazo norte del transepto, fundara Hernán Laynez. Su ruina se produjo a mediados del siglo XVIII. Frente a ella, en el tramo oriental de la nave de la epístola, se abrió un arcosolio apuntado con vestigios de pintura mural imitando el llagueado de la sillería. Hoy acoge una pila bautismal decorada con junquillos verticales, de imprecisa cronología.

Señalemos, por último, la presencia de una inscripción funeraria grabada en dos sillares del brazo meridional del transepto. El epitafio, en caracteres de la primera mitad del siglo XIII, reza así:

$$\begin{split} & \text{HIC: TV / MULO: EST / [$\angle me?$]: FE[c]I[t] / ERA M: CC[...] / \\ & \text{VXOR / SVA: BRV[$\angle nil?$] / DA.} \end{split}$$

Texto: JMRM - Planos: CER - Foto: JNG

Bibliografía

Alcolea, S., 1964, p. 107; Cabré Aguiló, J., 1916, pp. 105-106, láms. LXXXV-LXXXVI; Enríquez de Salamanca, C., 1986, p. 90; Gaya Nuño, J. A., 1946, pp. 185-186; Herrero Gómez, J. y Márquez Muñoz, J. A., 1994, pp. 16-17; Huerto, J. del y Frías, T., 1991, pp. 22-23; Madoz, P., 1845-1850 (1993), p. 46; Márquez Muñoz, J. Á., 1987, p. 44; Martínez Frías, J. M.ª, 1980, pp. 405-408; Minguella y Arnedo, T., 1910-1913, t. II, p. 343; Ortego y Frías, T., 1973, pp. 57-58; Sáinz Magaña, E., 1984a, pp. 523-526; Taracena Aguirre, B. y Tudela de la Orden, J., 1928 (1997), p. 212; Zalama Rodríguez, M. Á., 1995, pp. 98.

Iglesia de San Esteban

N LAS FALDAS DEL CERRO del castillo y en el punto más elevado del actual caserío, se alzan los vestigios de la iglesia románica de San Esteban. Madoz refiere que durante las guerras carlistas San Esteban "se convirtió en fuerte"; aunque funcionó como parroquia hasta 1902, tras cuya supresión su feligresía pasó a la de San Miguel, fue posteriormente vendida y hoy, transformada en vivienda, es de propiedad particular.

Aunque el edificio se encuentra muy alterado, mantiene del románico lo fundamental de su nave única, levantada en mampostería con refuerzo de sillares en encintados y esquinales. El hastial occidental, sobre el que se alzaba una espadaña hoy desaparecida —de tres vanos, según Herrero y Márquez, y de la que vemos fragmentarios restos de una imposta con perfil de nacela—, conserva el paramento de sillarejo del cuerpo bajo, en el que se abre una saetera en

el eje y otra centrada respecto a la espadaña. En el siglo XVII la nave recibió tres tramos de bóvedas de arista.

Pese a que no accedimos al inmueble, totalmente transformado, los muros de la nave ofrecen al exterior la cornisa con perfil de bisel, soportada por una hilera de canes lisos, con perfil de nacela y proa de nave. En la zona media del muro meridional se abría la hoy cegada portada, de la que sólo observamos la rosca de un arco exterior de medio punto, sobre impostas con perfil de nacela. Hay noticias de una portada septentrional, desaparecida a principios del siglo XX.

La cabecera original fue sustituida por la actual cuadrada construida en mampostería, obra de finales del siglo XVIII (1794), cerrada con cúpula vaída sobre pechinas, a cuyo costado meridional se adosó una sacristía de ladrillo.

Texto: JMRM - Fotos: JNG

Vista general de la iglesia





Fachada sur y hastial occidental



Portada meridional

Bibliografía

Cabré Aguiló, J., 1916, p. 113, lám XCIII; Gaya Nuño, J. A., 1946, p. 184; Herrero Gómez, J. y Márquez Muñoz, J. A., 1994, p. 23; Madoz, P., 1845-50 (1993), p. 46; Minguella y Arnedo, T., 1910-1913, t. II, p. 343; Taracena Aguirre, B. y Tudela de la Orden, J., 1928 (1997), p. 212.

El priorato hospitalario de San Juan de Acre

A ORDEN DE SAN JUAN de Jerusalén poseyó en Almazán un priorato, sujeto al de San Juan de Hortezuela, junto a Berlanga. Madoz lo describía lacónicamente diciendo que "ya no ha quedado más que la iglesia al norte de la villa, y como a doscientos pasos, tocando con el camino de Soria [...], es toda de piedra sillar, de una nave alta de bóveda, y sin más que un altar muy pequeño, antes se celebraba la función del Bautista, hoy día está cerrada".

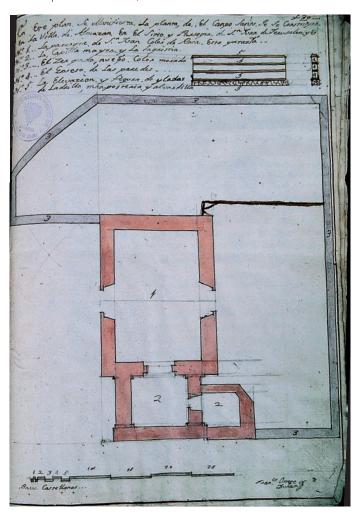
En la documentación de los sanjuanistas, compilada por Carlos de Ayala, se recoge un documento, expedido en Almazán el 30 de enero de 1178, por el que Sancho III donaba a la orden la iglesia de Santa María de Hortezuela, en el término de Berlanga. Por estas fechas debieron levantar su iglesia y claustro en Almazán, pues en el documento de 8 de marzo de 1200, por el que se resuelve el conflicto sobre las rentas del priorato que les enfrentaba al obispado de Sigüenza, se cita ya la ecclesia vero quam hospitalarii habent in Almazan, imponiendo el obispo que hospitalarios non debere habere oratorium in predicta villa cum ibi non esset fratrum conventus. La encomienda de Almazán, estudiada por Pérez

Monzón, nunca debió alcanzar un gran desarrollo. No tenemos noticias del devenir de esta casa hospitalaria durante la Edad Media, más allá del nombre de su comendador, Sancho, quien está presente en una confirmación de posesiones al Hospital del Rey de Burgos por Fernando II, en septiembre de 1229 (dompnum Sanctium, comendatorem de Almaçan).

Su declive era patente a mediados del siglo XVII, decidiéndose entonces su fusión con el priorato de Hortezuela. Absentismo de sus gobernantes, falta de recursos y ausencia de freires condujeron a su inexorable desaparición.

Ningún resto constructivo queda hoy de dicha casa sanjuanista, sobre cuyo solar —al norte de la villa, a unos 300 m del puente sobre el Duero— se construyeron las llamadas "casas de San Juan". Conocemos el aspecto de su iglesia gracias al plano levantado en 1818 por Francisco Ortega Durán, plano conservado en el Ayuntamiento de Almazán. Se trataba de un templo de una sola nave —de 16,5 m de largo por 11,6 m de ancho—, con portadas abiertas al norte y sur, rematado por cabecera abovedada de

Plano del priorato de San Juan, de 1818



testero plano (de 6,7 × 8,35 m), con una sacristía adosada al norte. La portada abierta al norte comunicaba con el claustro, cuadrado, con cuatro crujías y pozo central. Debía encontrarse en penoso estado, pues en 1663, el comendador Francisco Ladrón de Guevara reconstruyó una de sus pandas y renovó las cubiertas. Junto al muro norte del claustro se situaba la casa-palacio del comendador. Las últimas obras de conservación realizadas por los sanjuanistas en el templo se datan entre 1777 y 1788, consistiendo en la construcción de un pórtico, arreglo de las cubiertas y construcción de un coro. Dada la imposibilidad de mantener la fábrica, en 1788 se decidió la destrucción del claustro. La iglesia, sin culto ni uso, sufrió la misma suerte a finales del siglo XIX o principios del XX. Nicolás Rabal, en 1889, decía de los restos (confundiendo la advocación con la de Nuestra Señora del Duero), que "sólo quedan los muros de la iglesia, por donde se conoce que los Sanjuanistas tenían un modelo común para la construcción de sus iglesias, porque en las proporciones y en la forma, es en todo igual á la de San Juan de Duero de Soria".

Aunque generalmente se ha aceptado la opinión de Gaya Nuño, quien en su estudio El románico en la provincia de Soria adjudicaba la procedencia de algunos capiteles "preparados para dobles columnas exentas" al desaparecido claustro de San Juan de Acre, es más que probable que los restos conservados hoy en una colección particular de Almazán correspondan al desaparecido priorato de Nuestra Señora de Allende Duero, según la fundamentada opinión de José Ángel Márquez, corroborada por los propietarios de las piezas. En su obra sobre monumentos españoles desaparecidos, publicada en 1961, Gaya señalaba que "en 1936 alcancé a fotografiar dos de dichos capiteles, conservados en un comercio de Almazán, donde se hallaban desde la demolición, ya en años avanzados de nuestro siglo, de este monasterio", siempre en referencia al convento sanjuanista, cuya proximidad al priorato premonstratense -apenas 500 m- pudo confundir al insigne historiador.

Texto y foto: JMRM

Bibliografía

Ayala Martínez, C. de (comp.), 1995, docs. 78; Gaya Nuño, J. A., 1946, p. 184; Gaya Nuño, J. A., 1961b, p. 152; González González, J., 1980-1986, II, doc. 254; Madoz, P., 1845-1850 (1993), p. 51; Márquez Muñoz, J. Á., 1987, p. 55; Márquez Muñoz, J. Á., 1992, pp. 1124, 1129; Martínez Díez, G., 1983, p. 208; Minguella y Arnedo, T., 1910, t. I, pp. 250, 507-508 y t. II, pp. 343-344; Pérez Monzón, O., 1988, pp. 215-227; Rabal, N., 1889 (1994), pp. 391-392.

El priorato de Nuestra Señora de Allende Duero

N LA FINCA HOY CONOCIDA como Vistalegre, ubicada a unos 900 m al nornoroeste del puente sobre el Duero, se estableció algo antes de 1231 un priorato premonstratense, dedicado a Nuestra Señora de Allende Duero.

Pascual Madoz, en su *Diccionario* lo sitúa a 1/8 de legua de la villa, "al norte, encima de una cuesta", afirmando que "hay una iglesia dentro del mismo recinto, dedicada a Nuestra Señora, que por la inmediación del Duero tomó el sobrenombre de este río". Se mantenía aún en pie a mediados del XIX la "casa bastante fuerte para morada del prior", quien la abandonó tras la invasión francesa de 1808, certificando así el declive de la casa mostense, que en 1830 contaba con sólo un administrador. En 1890 aún existía el conjunto, aunque abandonado y en trance de ruina, consumada ésta –tras su venta– en los primeros años del siglo XX.

Su emplazamiento en un ámbito mixto entre lo urbano y lo rural es bien propio de los canónigos de San Norberto, tal como ocurre en el ejemplo de Santa María la Real de Aguilar de Campoo, entre otros muchos. Su fundación, que debe situarse en los años inmediatamente anteriores a 1230, fue obra de un clérigo -de probable origen francollamado Raimundo, bajo el patronazgo de la reina Leonor de Aragón, hija del leonés Alfonso IX. Fuese o no este Raimundo San Raimundo de Peñafort, como quiere la tradición, el caso es que la reina aragonesa lo donó en 1231, ya reducido a priorato, al abad Juan del monasterio vallisoletano de Santa María de Retuerta: donationem illam quam fecit vobis bonæ memoriæ dilectus Clericus noster Magister Remundus de ecclesia illa, et pertinentis suis quæ sita est in territorio de Almazan et dicitur Sancta Maria ultra dorium. Una donación de 1237 a favor de la casa de Sancta Maria de Allent del Duero, realizada por Pascual de Maritaña y su esposa (de una heredad en

Vestigios de Nuestra Señora de Allende Duero





Capitel doble del claustro

Lodarejos del Monte, entre otros bienes), corrobora el patronazgo regio en su fundación "monasterio que empezo la reyna de Aragon dona Leonor de la orden del premoster", informándonos que ejercía de prior en ella un tal Bernaldo. El esquema de implantación de los mostenses en Almazán seguía el tipo de los denominados por Dailliez "pequeños prioratos parroquiales", numerosos durante la etapa más floreciente de la orden en la Península y que contribuían con sus rentas al sostenimiento de la casa a la que se adscribían. En 1353, momento en el que se realiza la *Estadística* de la diócesis de Sigüenza, las rentas de Santa María de Allende Duero —"granja de la orden de retuerta"— ascendían a 500

maravedís, reflejando el documento "que nunca pagaron décima" debido a sus privilegios.

En el siglo XV (1448), un violento incendio estuvo a punto de hacer desaparecer la casa, y quizá por ello, en 1492, Pedro de Mendoza, conde de Monteagudo y cortesano real, realizó una importante donación para el mantenimiento del monasterio. Fue durante la breve dependencia de Santa María de Allende Duero respecto al monasterio burgalés de La Vid, certificada ya a fines del citado siglo, cuando finalmente fue renovada la maltrecha fábrica (1498), aunque en 1567 el establecimiento fue anexionado a Retuerta.



Capitel del claustro



Capitel doble con pitones

Hoy día, en la casona Quinta de Vistalegre, de propiedad particular, se conservan algunos vestigios del antiguo monasterio, fundamentalmente fustes de columnas claustrales y capiteles. En la chimenea se reutilizaron dos fustes y dos capiteles de bastoncillos rematados, en los ángulos, por volutas, del mismo tipo que los conservados en una colección particular de Almazán, compuestos por varias piezas procedentes sin duda de un recinto claustral. Fueron trasladados desde la finca de Vistalegre, no habiendo duda de su pertenencia al priorato de Allende Duero.

Se trata de diez capiteles dobles, con cestas individualizadas aunque labradas en un solo bloque. Sus dimensiones revelan, además del estilo, la unidad de época y autoría: 59 cm de frente, 30 cm de lado corto y 36 cm de altura. Cada pieza se compone de dos cestas troncocónicas que comparten el ábaco, éste a modo de listel liso salvo en uno de ellos, donde aparece ornado con una sucesión de arquillos de medio punto. La desnudez de las cestas sólo se anima con la presencia, en los ángulos de los capiteles y bajo el ábaco, de motivos vegetales —pitones gallonados, hojas vueltas y volutas rematando tallos a modo de bastoncillos— y, sobre todo, una serie de cabecitas de ruda talla—algunas portadoras de toca con barboquejo— de ojos almendrados, narices triangulares y marcados pómulos.

Del mismo tipo, y sin duda misma procedencia, son los dos capiteles dobles fotografiados por Gaya Nuño. Uno es idéntico a los ya vistos, de cestas lisas con tallo rematados en dobles volutas en los ángulos, y el otro muestra un florón y quizá dos cabecitas entre círculos concéntricos incisos.

También se conservan, además de dos tambores de fustes, dos cimacios con perfil de nacela, así como una basa de machón (tiene sólo talladas tres caras) de 45 cm de largo, 19 cm de ancho y 27 cm de altura, con perfil de fino toro superior, escocia recta y grueso toro inferior, con bolas sobre el plinto.

El carácter tardío y austero de estos restos conviene bien al momento de fundación del priorato premonstratense, dentro del primer tercio del siglo XIII. Los capiteles denuncian aún el peso de la tradición románica, aunque están ya imbuidos de la severidad estética propia del arte de las órdenes rigoristas. Similares cestas las encontramos en otros edificios tardíos, como Ventosa de Fuentepinilla y Soliedra.

Texto: JMRM - Fotos: JNG

Bibliografía

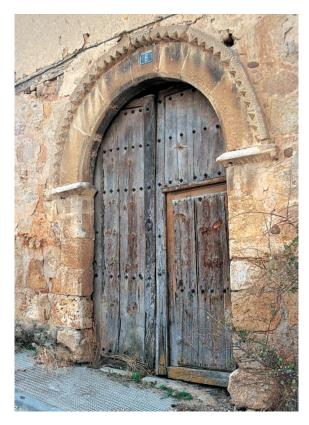
Antón Casaseca, F., 1942, pp. 291-293; Backmund, N., 1956, pp. 243-244; Backmund, N., 1983, p. 76; Dailliez, L., 1984, p. 23; Gaya Nuño, J. A., 1946, p. 184; Gaya Nuño, J. A., 1961b, p. 152; López de Guereño Sanz, M.ª T., 1997, II, pp. 545-547; Madoz, P., 1845-1850 (1993), p. 51; Márquez Muñoz, J. Á., 1987, pp. 45, 49, 55-56; Márquez Muñoz, J. Á., 1988; Márquez Muñoz, J. Á., 1992, p. 1123; Martínez Díez, G., 1983, p. 208; Minguella y Arnedo, T., 1910, t. I, pp. 32, 250 y t. II, p. 344; Rabal, N., 1889 (1994), pp. 391-392; Zamora Lucas, F., 1961, pp. 95-100.

Portada en la plaza de los Olmos

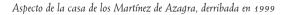
N EL NÚMERO 6 DE LA plaza de los Olmos, próxima a las iglesias de San Vicente y de San Pedro, se encontraba una casona solariega levantada por los Martínez de Azagra en el siglo XVI. El edificio fue lamentablemente derribado a principios del 1999 por su actual propietario, el Ayuntamiento de Almazán, pocos meses después de realizarse nuestro estudio. Hoy día, sobre su solar se levanta una moderna construcción destinada a usos culturales.

En la portada principal de la vivienda, de arco de medio punto achaflanado sobre jambas de sillería coronadas por impostas de doble bisel y filete, se reutilizaba una chambrana ornada con puntas de diamante y doble filete con bandas de zigzag, procedente de una portada románica cuyo origen desconocemos. Tras la reconstrucción del inmueble, la portada ha sido recolocada en su primitivo emplazamiento.

Texto: JMRM - Fotos: JNG



Portada con restos románicos, en 1999





Convento de Santa Clara

L FINAL DE LA CALLE de las monjas se alza hoy el monasterio de Santa Clara, cuya antigua fundación, extramuros de la villa, debe rondar los años centrales del siglo XIII. Como señalan Herrero y Márquez, la primera mención documental al convento data de 1295, aunque al tratarse de una confirmación de privilegios supone la preexistencia de la instalación. De su humildad nos da prueba la *Estadística* de la diócesis de Sigüenza, elaborada en 1353: "las duenas de santa clara de almazan son pobres e non se pueden mantener si non con la merced que les facen los senores e con las limosnas que les dan los omes buenos".

El primitivo edificio, obra del siglo XVI, fue demolido, salvo la iglesia, en 1902. Sobre la puerta de acceso a la huerta monástica desde el patio de entrada al recinto se reutilizó un fragmento de imposta románica, de buena factura,

decorado con tallos ondulantes de los que brotan hojas incurvadas. Desconocemos su procedencia, aunque sin duda formaba parte de la decoración monumental de alguna de las iglesias románicas adnamantinas desaparecidas.

En el interior del coro se custodia la imagen de Nuestra Señora del Torno, talla de la Virgen con el Niño de finales del siglo XIII, "cuidadosamente restaurada y dorada en el siglo XVI", en palabras de Ortego.

Texto y foto: JMRM

Bibliografía

Herrero Gómez, J. y Márquez Muñoz, J. A., 1994, pp. 26-27; Márquez Muñoz, J. Á., 1986, pp. 137-151; Minguella y Arnedo, T., 1910-1913, t. II, p. 343; Ortego y Frías, T., 1953, p. 267.



Imposta románica